

UNA CRÓNICA ACERCA DEL PODER NEGRO EN EL NORTE DEL CAUCA: ALGUNOS ELEMENTOS PARA SU ANÁLISIS Y REFLEXIÓN

Antonio Córdoba Gómez¹

Profesor de la Fundación Universitaria de Popayán (FUP),
Profesor de Filosofía Política Universidad del Cauca.

1. LA COTIDIANIDAD DE UNA PREOCUPACIÓN

Definitivamente los parques centrales, situados en la cuadratura del poder municipal, al lado de otros símbolos como la iglesia, la alcaldía o la administración de justicia, constituyen espacios de encuentro o recreación social. Son escenarios donde se reúnen contertulios a hablar de diversos temas: desde el chisme del momento y las anécdotas cotidianas sobre los personajes locales, pasando por la moda, los desencuentros amorosos y afectivos, el fútbol y, por supuesto, los comentarios políticos que nunca faltan.

En otros tiempos los lugares donde los parroquianos se aglutinaban para hacer, muy a su manera, lo que ahora, desde la ciencia política, se denomina *análisis político*, eran las sociedades literarias, los grupos de amigos o los cafés públicos. En estos últimos, por regla general ubicados estratégicamente en la esquina de la plaza principal de los pueblos, los paisanos se congregaban en torno a las conspiraciones burocráticas, o

¹ Profesor de la Fundación Universitaria de Popayán (FUP), programas de Trabajo Social y Administración de Empresas. Profesor de Filosofía Política, adscrito al departamento de Filosofía, de la Universidad del Cauca. Miembro del Grupo de Investigación en Cultura y Política, reconocido por Colciencias en categoría B. Doctorando del Programa de Doctorado en Antropologías Contemporáneas (Universidad del Cauca-ICANH). Autor de varios libros, propios y en coautoría, y de varios artículos, publicados en varias revistas.

como coloquialmente se dice a “arreglar el país”, a expresar las preocupaciones políticas del momento, al calor de un tinto caliente.

No pocas candidaturas o aspiraciones políticas, lo mismo que la suscripción de alianzas o pactos se consolidaron o, por el contrario, se disolvieron, mientras los interesados tomaban un vaporoso café elaborado en grecas metálicas. Estos artefactos, haciendo uso de la memoria, coronados con distintivos como las figuras de águilas, tenían la singularidad de parecerse a las locomotoras: rugían, anunciado con descargas de vapor que el café estaba listo para ser servido a los parroquianos.

En estos lugares los contertulios compartían el poder de la palabra y expresaban, al calor de un café o de un trago de aguardiente, como hoy se hace en los parques de municipios como Santander de Quilichao, en el norte del departamento del Cauca², las preocupaciones políticas del momento. Una de estas la escuché de boca de un grupo de contertulios, alguno de los cuales mencionaba insistentemente el fenómeno del *poder negro* en todo el norte del Cauca y particularmente en la Ciudad de los Samanes³.

² La región norte del departamento del Cauca, está conformada por los municipios de Santander de Quilichao, Buenos Aires, Suárez, Puerto Tejada, Caloto, Villarrica, Corinto, Miranda, Padilla, Jambaló, Caldon y Toribío. Limita por el noroccidente con el departamento del Valle del Cauca (municipio de Jamundí), por el nororiente con el departamento del Tolima y los municipios caucanos de Morales y Silvia. Las principales actividades económicas se pueden resumir así: cultivo de la caña de azúcar, ganadería extensiva e industria en la zona plana; actividades agrícolas y pecuarias, desarrolladas por campesinos e indígenas, en las zonas de alta y media montaña; actividades comerciales y prestación de servicios en los centros poblados..

³ Distintivo con el que se conoce e identifica el casco urbano del municipio de Santander de Quilichao.

Inmediatamente en la mente de quien escribe estas líneas empezaron a surgir una serie de interrogantes acerca del *real alcance* que tiene el *poder negro*, tal y cómo lo denominaba uno de los que participaba de la reunión de amigos, a la cual me había sumado ocasionalmente: ¿Por qué ese fenómeno, el del *poder negro*, resulta preocupante?, ¿Para quién es preocupante?, ¿Es un fenómeno nuevo, que empieza a cuajar ahora, o es de vieja data?, ¿Qué implica hablar de “poder negro”?, ¿Es real ese poder o es un hecho meramente simbólico?, ¿Responde a un proceso social o a una simple coyuntura política?

Estas dudas, y otras que podrían añadirse, las hice con beneficio de inventario, como quien piensa en “voz baja”. En este sentido es importante advertir que cuando los participantes hacían mención al “poder negro” se estaba aludiendo a una evidencia política y empírica de alcance regional, que en ese momento aparecía como innegable: una importantísima cuota política de *poder local*, detentada por personas que pertenecen a comunidades negras en el norte del Cauca (7 alcaldías al momento de escribir estas líneas)⁴, junto con alguna significativa participación burocrática a nivel de la administración departamental (en la gobernación del señor Guillermo Alberto González Mosquera, elegido para el periodo constitucional 2008-2011).

2.EL PODER NEGRO: ¿FICCIÓN O REALIDAD?

⁴ Hablamos de las alcaldías de Buenos Aires, Caloto, Guachené, Puerto Tejada, Suárez, Villarrica y Padilla.

El poder político local, expresado directamente desde las administraciones municipales, es, sin duda, el resultado del involucramiento en procesos de competencia electoral por parte de actores políticos (grupos, organizaciones) que hacen parte de comunidades afrodescendientes. El segundo tipo de poder, el de tipo burocrático, ha derivado de procesos de negociación llevados a cabo, de lo cual surgió, por ejemplo, el apoyo electoral dado hacia el gobernador del Cauca, ingeniero Guillermo Alberto Gonzáles Mosquera, miembro de una de las familias de élite payanesas (valga decir, del *viejo establecimiento político*), cuyo pasado histórico estuvo ligado, paradójicamente, al *comercio de esclavos negros*.

De ese tipo de apoyos políticos, suscritos entre sujetos que han ocupado escalas antagónicas en las jerarquías sociales y económicas del poder en el Cauca, surge un primer elemento de análisis. Recordemos que en principio, bajo otros marcos de reflexión, dichas posiciones y diferenciaciones, posiblemente entendidas como irreconciliables, harían impensable la consideración siquiera del establecimiento de pactos o entendimientos políticos, máxime cuando se trata de actores políticos situados en distintas posiciones de poder en la arena política.

Históricamente en el Cauca los miembros de la clase política tradicional (blancos, terratenientes y negreros), lo mismo que sus descendientes y deudos políticos, se ubicaron a la cabeza de un sistema piramidal de relaciones de explotación y dominación, de un sistema de colonización del poder, caracterizado por el manejo de la

administración pública y de los recursos del erario público bajo un criterio hacendario. Entre tanto, negros e indios fueron relegados a la subordinación.

¿Qué fue lo que pasó?. ¿Decidieron las comunidades negras hacer un salto histórico sobre su conciencia, como podría pensar cualquier persona, para entrar a considerar que las afrentas recibidas, por parte de los miembros de una clase política que los ha sojuzgado, son ya asunto del pasado?. ¿Será que la reflexión predominante indica que es más pragmático, para avanzar en el proceso de ganancia y consolidación del poder negro a nivel local y regional, salirse del círculo vicioso (del esquema) de lo que podríamos entender como la persistencia en una *actitud de resentimiento político*, que a lo mejor se puede entender como un vínculo de las comunidades negras más con el pasado que con la realidad política del presente y con las perspectivas de futuro, restringiendo posibilidades de avance político?.

Tomando en cuenta que el proceso organizativo de las comunidades negras muestra avances innegables, aunque no sea homogéneo, estimulado por los logros que han alcanzado las comunidades indígenas, la lógica política de la inserción en el juego político-electoral, jalonada por parte de algunos sectores de las comunidades afrocolombianas, quizá no sea tanto la del relego, el olvido o la negación de una memoria histórica. Ante todo, se trataría de un tipo de realismo político que sitúa y define a los partícipes de la política en calidad de actores primarios, en disposición y capacidad de negociar (como lo han hecho ya los indígenas) acceso a recursos o a porciones del Estado, actuando vis a vis (de tú a tú) con la clase política dominante.

Si esto es así entonces se podrían entender, al menos, varios aspectos. En primer lugar que en los imaginarios y representaciones sociales que han ido construyendo algunas comunidades afrodescendientes el activismo político, entendido como articulación al juego del poder institucional, es utilizado tanto para la afirmación de una identidad y la búsqueda de autonomía (étnica, política, cultural), como para el ejercicio de la demostración que su empoderamiento y posicionamiento políticos es lo que les permite recurrir precisamente al uso de estrategias de negociación con las élites dominantes.

En segundo lugar que el apoyo político dado por los negros al gobernador González Mosquera en el Cauca, si bien hace parte de una lógica en la que opera la “utilización política” del “otro”, no debe entenderse (necesariamente) desde la perspectiva de la manipulación originada exclusivamente desde “arriba”. En esta lectura el imaginario y el razonamiento social diría que hay que considerar también el cómo los acuerdos políticos pueden funcionar en doble vía: no solo el que “está arriba” busca atraer al de “abajo” y servirse de él, sino que también incluye o da cabida a la representación de la voz política del subalterno, dentro de una línea que se extiende a la puesta en escena del juego de los intereses concretos o, lo que es lo mismo, a la corporización de la conveniencia política.

En tercer lugar que a la luz de estas dinámicas del juego y de la acción política (negociación, regateo político, convenios y alianzas, respaldos político-electorales, etc.), en las que están interactuando las comunidades negras, sería entonces un error seguir

creyendo que esto corresponde a la situación de grupos sociales desvalidos, que estarían en situación de *minoría de edad*, rememorando el aserto kantiano sobre la condición del sujeto ilustrado, incapaces de valerse por sí mismos, a la espera de la luz guía e iluminadora que en la cultura occidental se ha atribuido a la racionalidad (mentalidad) política y a las virtudes civilizadoras de la cual es portador el hombre blanco.

En cuarto lugar que el poder negro, aquel que hoy busca hacerse mucho más visible, discurriendo en medio de sus propias contradicciones, responde también a unas hondas raíces históricas, lo que descarta la idea de que es un resultado del azar. Pero también, y quizá esto sea lo más importante, puede comportar una potencia colectiva traducible en un proceso social, capaz de llegar a desbordar el simple voluntarismo, capaz de rupturar la cooptación política clientelista o las conductas de oportunismo político, que se siguen observando en algunos líderes de las comunidades negras.

Con ello no se trata de negar que la exteriorización del poder no se conecte con acciones o con virtudes individuales (traducidas, por ejemplo, en el uso de la palabra y el discurso), sino que fundamentalmente estos agregados se pueden convertir en factores que coadyuvan, si son constructivos, en el desencadenamiento de un poder devenido colectivamente. Esta debería ser una clave para entender que, en este contexto, los individuos, por muy ilustrados que parezcan ser, no se deben asimismo sino a las comunidades a las que pertenecen.

De hecho hoy encontramos activistas, académicos e intelectuales negros que sobresalen por expresar su “voz propia”, por hablar a nombre de los “suyos”. Si bien su poder se visibiliza en el accionar individual, hay que pensar en las mediaciones, intercambios y aprendizajes sociales que le preceden y lo constituyen, hay que tener en cuenta las apropiaciones, los flujos culturales, las formas de diálogo (como ha sido ostensible entre las comunidades indígenas) que los sujetos establecen al interior de sus comunidades y por fuera de ellas, valga decir, las interacciones con el mundo del conocimiento académico (las universidades), con la técnica, la tecnología, la ciencia o la institucionalidad estatal.

Por cierto, cuando me refiero aquí al *poder negro*, para evitar el incurrir en abstracciones, en idealizaciones, hago relación a la *vida concreta (material) de grupos y comunidades y a la forma como ellas hacen uso de distintos recursos, capitales y dispositivos (normas del derecho, negociaciones, acceso y manejo del conocimiento, acceso a cargos burocráticos, formación de cuadros políticos y liderazgos, desarrollo de experiencias políticas), para afirmar una identidad y poder establecer reivindicaciones, exigencias o demandas, en este caso frente al Estado colombiano.*

3.ALGUNAS IMPLICACIONES POLÍTICAS Y SOCIALES DEL PODER NEGRO

Debe eso sí resaltarse que aunque el *poder negro* comporta un componente identitario, este no se agota en el asunto del color de la piel. Y precisamente esto nos sirve de advertencia con respecto a las idealizaciones, en especial cuando hacemos alusión

ontológica a lo que significa “*ser negro*” y a sus implicaciones, por ejemplo, dentro del contexto del juego político. Ciertamente el contraste con la realidad concreta, nos muestra que no hay correspondencia, siempre y en todo momento, entre el pensar o el actuar que los miembros de una *comunidad étnica* esperan de las acciones, los comportamientos o las decisiones que toman los individuos que ofician como sus voceros políticos en un momento dado.

En este caso la identidad nos remite, por supuesto, a la idea de activación de una construcción plural y cambiante, no fija, ni perenne, que deriva en la formación de una conciencia (individual y colectiva) y que, por supuesto, no está exenta de contradicciones, riesgos, peligros y dificultades. Al materializarse en los actos y decisiones políticas de las cuales los sujetos son partícipes, expresan precisamente la tensión entre lo que algunos sujetos, desde una posición de poder o desde un posicionamiento estratégico hacen, y lo que es exigido, o es deseable, por (para) los demás miembros de una comunidad.

También nos indica que tales contradicciones pueden ser mantenidas (tamizadas) o superadas (corregidas) en los actos de afirmación, aparentes o reales, simbólicos y discursivos, que son parte del juego político, entendido este como un gran espacio donde puede ejercerse la apropiación y el empoderamiento, como también la cooptación. Se trata de hacer interpelación o disidencia, bien para reclamar o demandar exigencias colectivas o, por el contrario, para un encuadramiento en (de) la captura y la

legitimación que establece el orden dominante, la cual se reproduce en las escalas locales y se visibiliza periódicamente con motivo del juego electoral.

No obstante, como se ha advertido, el poder negro discurre entre una serie de tensiones, riesgos y conflictos, además de una serie de dudas e interrogantes que se desprenden en relación a la forma cómo se está produciendo la inserción en el juego político y, sobre todo, en referencia a los resultados o implicaciones que esto produce en las comunidades, en su tejido social, en sus procesos organizativos. Entre estos podemos mencionar algunos, a saber.

a) Si los actores políticos que participan actualmente de ese poder en el norte del Cauca están construyendo conciencia acerca de la necesidad de establecer procesos de *desesclavización política*. Hay que tener en cuenta que una posibilidad es que la participación política finalmente no sea más que la sobreposición, bajo discursos que ocultan o camuflan, del interés y la conveniencia estrictamente particulares por sobre el interés colectivo. Aquí quienes convocan u ofician como líderes, no serían más que sujetos insertos en aquellos esquemas de cooptación que ha trazado la política bipartidista tradicional, con su carga de nepotismo, clientelismo, compra de votos, tráfico de influencias, apropiación individual en el acceso a recursos y democracia tutelada.

b) El que los logros y conquistas alcanzados por el poder negro se traduzcan, al interior de las comunidades, en una real distribución social de beneficios, es decir, en un

asunto de justicia. De lo contrario, lo que puede estar ocurriendo es que se hagan más visibles y profundas las diferencias entre ciertos grupos y el resto de la población o que se exacerbén problemas como el de la corrupción, la apropiación indebida de recursos o su concentración en pocas manos. Por lo que hemos dicho hasta aquí conviene afirmar que ningún grupo subordinado está inmune frente a esos efectos perversos del poder y que solo cuando hay construcción colectiva de procesos políticos y sociales las comunidades disponen de mejores mecanismos de defensa para enfrentarlos.

c) Que si el *poder negro*, desde alguna o algunas vertientes, se llegara a entender como una especie de *dictadura étnica* (poder con, desde y sólo para los negros) entonces correríamos el peligro (riesgo) de entrar en los terrenos cenagosos de la exclusión, que sin duda alguna provocarían y se añadirían a otras tensiones y conflictos que ya tenemos. ¿Imaginémonos, a manera de ejemplo extremo, ejercicios administrativos, desde alcaldías municipales, entendidos como si fueran algo así como palenques fiscales, donde el grueso de los recursos destinados a mejorar las condiciones de vida de las comunidades estuviera basado en la utilización de marcadores raciales?.

Con base en estos elementos de análisis, quizá clarificadores, con referencia al peso específico, a la realidad, que tiene actualmente el *poder negro* (y que puede llegar a tener en el futuro), me parece pertinente afirmar que este fenómeno, en sentido político, social y cultural, puede ser entendido entonces como desafío, reto, peligro o preocupación, de acuerdo con la perspectiva de análisis que se asuma o de acuerdo con los intereses predominantes desde donde se lo mire o aborde.

Será desafío y reto, por ejemplo, para las mismas comunidades negras. Las mismas experiencias políticas las confrontarán a mostrar que pueden hacer un mejor y distinto ejercicio de gobierno de aquel que ha venido realizando el bipartidismo tradicional, lo que implica hablar de distanciamientos y diferenciaciones en cuanto al ejercicio de la democracia, la transparencia, la justicia y la equidad sociales desde el poder local. Y también será importante entender que este despliegue de fortaleza política va de la mano del uso de saberes, capacidades y tradiciones que son propias, que son parte de su acervo cultural.

El caso de Santander de Quilichao resulta llamativo: en la memoria de los quilichagueños no hay lugar para el olvido, por ejemplo, de Williams Ortiz Ararat, un político afrodescendiente, quien no deja de simbolizar, de un modo u otro, el dejo de la frustración política, aún para las mismas comunidades negras. Aunque dicho no surgió de un proceso social y, además, gobernó, es bueno aclarar, bajo las prácticas de la política bipartidista, sus coterráneos dicen que “el poder no sólo le transformó la personalidad”.

Se le endilga el haberse obstinado en gobernar a puerta cerrada, distribuyendo el erario público en compañía de un ególatra profesor de secundaria y de un conocido personaje político venido de un municipio vecino, para finalmente dilapidar un jugoso capital político que había obtenido. Aunque el ejemplo quizá no resulte el más apropiado, ni sea tampoco el único, resulta ilustrativo para mostrar cómo la gente traslada las

desazones que produce la política a quien en algún momento llega a representar o encarnar una esperanza de cambio y más si ese personaje pertenece, como dice la gente, a la “propia raza”

No nos olvidemos que la gente aspira legítimamente a que uno de los suyos (en este caso un negro) se catapulte en el mundo de la política y se abra paso frente a la exclusión y la discriminación. Y es motivo de orgullo encontrar que en cierto momento alguna persona puede, en particular, encarnar ese rol y asumir esa tarea de llevar la vocería de los demás y de ejercer el acto de la representación política del pueblo negro, tal y como en nuestra democracia aquella ha sido recreada en los imaginarios y representaciones colectivas. Esto explica, en parte, que en determinadas circunstancias se generan no sólo expectativas sino actos de confianza, unos más fuertes que otros, hacia determinados líderes o figuras políticas del momento.

Pero esa experiencia, rememorada por algunos quilichagueños, como otras tantas que pululan en la historia política del norte del Cauca (podríamos mencionar los casos de Puerto Tejada o Buenos Aires), se constituyen en reflejos no sólo de cómo sectores de las comunidades negras han sido objeto de la captura política por parte del bipartidismo, sino de cómo las consecuencias provocadas generan un efecto de boomerang que se extiende a otros sectores de población, afectando tanto la credibilidad que el ciudadano puede depositar en la política (como medio, como herramienta para el cambio), al igual que la confianza pública que se puede dispensar a

sujetos concretos para que estos se encarguen de llevar a cabo tareas de transformación (máxime si estos provienen de comunidades étnicas identificables).

Recordemos al respecto que la gente tiende a veces a ser más rigurosa y radical cuando se trata de calificar o evaluar las consecuencias de las conductas políticas que asumen los miembros de su propia comunidad, que cuando se trata de personas ajenas o extrañas a ella. Parece como si la memoria soliera ser más implacable, y más perseguidora, con los errores o debilidades políticas de quienes emergen del seno propio de la comunidad, que con los desaciertos que cometen quienes no tienen vínculos de pertenencia directa.

4.VIAS DE REPRESENTACIÓN DEL PODER NEGRO. EL PELAISMO COMO ANTÍTESIS HISTÓRICA DE LA VIA COLECTIVA EN EL NORTE DEL CAUCA

Recordemos también como por mucho tiempo la vocería y representación política de los negros (y en general del norte del Cauca) fue asumida por el señor Humberto Peláez Gutiérrez, un político liberal cuyo ascenso en la arena electoral se produjo luego de su separación de las toldas del gamonal y terrateniente Víctor Mosquera Chau, tronco político del cual también se desgajaron Aurelio Irigorri Hormaza, Jesús Edgar Papamija Diago, entre otros.

Estos personajes, de los cuales Irigorri Hormaza sería el único sobreviviente de la crisis política asociada a la derogatoria de la Carta Constitucional de 1886, realizada en

1991, se caracterizaron por formar toldos políticos aparte de la catalogada jefatura natural del liberalismo caucano, ejercida por Víctor Mosquera Chau. En particular Humberto Pelaéz Gutiérrez se asumiría así mismo como el líder natural de los nortecaucanos y de la región nortecaucana, como una especie de conciencia encargada de recordarles a los políticos de Popayán que el reparto del poder burocrático del Cauca no se podía hacer sin él y sin la gente que él decía representar.

En todo caso el *pelaismo*, denominación dada a la cauda política y, por ende, a la microempresa electoral creada por Pelaéz Gutierrez, emergió en la lucha político-electoral del departamento del Cauca, actuando en alianza con distintos sectores políticos como el de la entonces Unión Patriótica, no sólo para pelear cuotas de poder en el departamento del Cauca (secretarías, institutos, asamblea departamental) y en los entes territoriales locales (alcaldías, concejos) sino para usufructuar políticamente la idea de que sus cuadros constituían la verdadera representación política de una región (el norte del Cauca) desvalida, que sufría los rigores del centralismo político de Popayán.

A pesar de que el *pelaismo* le metió pueblo, obteniendo el respaldo de distintas comunidades étnicas (negros, indios, campesinos), esta situación no obedecía, o más bien no respondía, desde luego, a un proceso social colectivo. Ante todo se trataba, si se quiere, de una expresión anti-élite en la política caucana, surgida tanto de la fragmentación de la partidocracia caucana, como de la reacción de sectores del

liberalismo caucano que estaban inconformes frente a la concentración del poder que en ese entonces detentaba Víctor Mosquera Chaux.

En tal sentido se marca una gran diferencia política cuando se habla sobre el *poder negro*, sea que hablemos de este en términos de un proceso social o, por el contrario, de la respuesta a una coyuntura política enmarcada dentro de prácticas como las que instituyó el *pelalismo*. Por la primera vía las mismas comunidades, como lo muestra la experiencia política indígena, tendrían que ser las encargadas de llevar a la práctica el empoderamiento de sus líderes, mediante el uso y apropiación de distintos procedimientos de participación que se han ido decantando históricamente y que hacen parte hoy en día de su *ethos cultural*.

En cierta manera, los procedimientos políticos que los subordinados han construido al calor de las luchas, se convierten en una especie de filtro para garantizar, hasta cierto punto, un mejor clima de confianza en procesos como la gestión administrativa, el logro de una mejor capacidad de maniobra en la distribución de recursos o en la minimización de los efectos colaterales (por regla general devastadores sobre el tejido organizativo) que se desprenden de aquellas experiencias en las que, como en el caso del aludido Williams Ortiz y de otros tantos ocurridos en el norte del Cauca, predomina el interés personal sobre el interés colectivo, la aventura política sobre la unidad de acción.

Si el *poder negro* se concreta como acción social colectiva podremos decir que no será eximido de la lectura que lo ve como un peligro o, al menos, una preocupación, tal y como lo advirtieron los contertulios en el parque de Santander de Quilichao. Lo será precisamente para aquellos actores de la política que la siguen concibiendo como una práctica vertical; que siguen pensando que el ejercicio del poder es reductible a ciertos espacios; que siguen convencidos de que si bien la política se define por la capacidad de persuasión que se posee (y se impone), esta influencia opera en detrimento de otros sujetos (indios, negros) a los cuales no se los entiende como sujetos capaces de tomar iniciativas políticas sino más bien como sujetos ignorantes, dóciles o pasivos.

Hay que señalar al respecto que el olvido, la memoria y la invisibilización que operan desde arriba, desde el poder dominante, implican actos de premeditación sobre las resignificaciones y apropiaciones políticas o culturales que protagonizan los de “abajo” y que pueden expresarse como resistencias, reivindicaciones o reclamos públicos, bien sea que adquieran el carácter de manifestaciones ocultas o de discursos encubiertos (chismes, murmullos, rumores).

¿Será que nos olvidamos que en la relación política que establecen dominantes y dominados, los subordinados pueden aparentar (o fingir), a la usanza de un actor en escena, quien se coloca una máscara para interpretar un papel protagónico, que siguen siendo subordinados, que se dejan utilizar por quien posee el poder dominante o por quien estratégicamente se encuentra en una posición de poder que es ventajosa?. ¿En el juego político actual realmente quien utiliza a quien?.

Esta aseveración se encuentra en correspondencia con cierta teoría que concibe la política como el despliegue de la racionalidad y el cálculo, donde los que intervienen en la toma de decisiones (estén situados socialmente “arriba” o “abajo” del espectro de fuerzas políticas) evalúan lo que implica intervenir o involucrarse en la toma de decisiones (examen de sus costos, conveniencias o utilidades a obtener, etc.).

Desde mi punto de vista no pocos sectores de la clase política tradicional, especialmente a nivel local, no sólo tienden a mirar el poder como una práctica vertical o unidireccional (en el sentido arriba-abajo), sino que pueden llegar a la subvaloración del potencial de incidencia o de transformación política que poseen los sectores subordinados (comunidades negras, comunidades indígenas), actuando desde el supuesto de que la situación está “bajo control” y de que los subordinados serán siempre subordinados.

En este orden de ideas no resulta sorprendente que cuando el poder no tiene en la mentalidad política la connotación de un fenómeno espectral (que incluye múltiples dimensiones y facetas) es cuando se abre paso, ante la razón explicativa, la emergencia de los estados de estupor o de asombro, en los que la capacidad de comprensión de la realidad política queda como en estado de anonadamiento o de suspenso. Esa capacidad para encontrar explicaciones creíbles sobre aquellos sucesos políticos catalogados como “sorprendentes” o como resultados “inesperados”, en la

medida que está desbordada por las mismas circunstancias, se torna, incluso, mucho más confusa.

Quizá esto sea lo que en alguna medida contribuya a explicar el que desde la segunda vía de las mencionadas sobre la concepción del *poder negro*, es decir, desde la política tradicional, incluidas las actitudes que exhiben quienes han hecho de esa actividad una actividad lucrativa, un negocio personal, se diga que no se puede confiar en el *voto étnico*, es decir, en el voto de negros (y también de indios). Se argumenta que unos y otros son “desleales” y que difícilmente “cumplen” los pactos o acuerdos que suscriben, debido a que su “naturaleza” los impulsa a “venderse por cualquier plato de lentejas”.

¿Los subordinados están en la obligación, política y moral, de cumplir acuerdos que hacen parte de la lógica de la conveniencia, del “uso político” del “otro”, en tanto característica notoria de la práctica política predominante en nuestro medio?. ¿Cómo exigir a los subordinados lealtad política cuando estos se integran a estructuras de poder y de decisión donde ha primado, desde arriba, la promesa incumplida, acompañada de violencia?. ¿O será que los aprendices políticos de ayer, esos sujetos vistos como “dóciles”, “dúctiles” y “maleables” (indios y negros), son hoy experimentados maestros de (en) la arena política?.

El poder dominante no renunciará, desde luego, a seguir apelando a sus tácticas de cooptación y captura política, provocando de paso dispersión o desmantelamiento del tejido social organizativo (cuando este es débil) o divisiones y fragmentaciones al

interior de las comunidades (cuando en ellas no prevalece la unidad de acción). Y esta capacidad de penetración se hará más ardua y difícil, para la situación del *poder negro*, cuando este logra ubicarse en los terrenos de la *autoconciencia* y del *empoderamiento colectivo*.

Me refiero a aquellos casos donde se ha consolidado un tipo de conciencia política y un arraigado sentido de pertenencia (y de diferencia), a través de los cuales la comunidad se sabe (así misma) como portadora de una cultura, de una capacidad de juicio, de unos valores, de unas formas de pensar y actuar propias, que la colocan en una posición de poder desde donde puede interpelar, hablar, dialogar y, por supuesto, negociar de “tú” a “tú”.

5.A MANERA DE CONCLUSIÓN

La inquietud expresada por algunos voceros de la sociedad quilichagueña frente al avance del *poder negro* es un micro-reflejo (un botón de muestra, desde un escenario local) de la preocupación y del temor que, a nivel macro, a nivel nacional, ha sentido la *oligarquía política*, tal y como Jorge Eliecer Gaitán denominaba a los potentados, es decir, a los *plutócratas*. ¿A que temor, a que aversión me refiero?. Al fortalecimiento del poder alternativo (incluido también el poder indígena y el poder de los movimientos sociales).

Se trata, palabras más, palabras menos, del pavor que el poder dominante manifiesta frente a la posibilidad de una revuelta o sublevación de los de “abajo”, de los “débiles”. A estos precisamente se los ha considerado al margen de la historia, reducidos al silencio por cuenta de la ortodoxia contenida en las “verdades” de los discursos oficiales, estigmatizados como incapaces no sólo para dirigirse así mismos (para autogobernarse) sino también para orientar destinos colectivos.

Recordemos como, a juicio de las élites, lo mejor que le puede ocurrir a la masa es entregarse frenéticamente a la voluntad de un caudillo o de una mente lúcida, brillante y sagaz que haga lo que hizo Moisés con su pueblo: conducirlo hacia la tierra prometida, movilizándose en medio de grandes adversidades y obstáculos que lo que hacían era colocar a prueba de fuego la inteligencia y el liderazgo del conductor, a contrapelo de la irracionalidad de una gran cauda de seguidores.

Esta alusión la hago para ilustrar no sólo como “desde arriba” se hace uso de la descalificación moral, intelectual, cultural y cognitiva ya del indio, ya del negro, sino para mostrar como estas maneras de pensar son ideológicamente naturalizadas (en las que la supuesta “ineptitud” del otro parece responder, por ejemplo, a leyes de la biología o de la herencia) y reproducidas en diversas escalas, niveles y espacios de nuestra sociedad (incluyendo la academia).

¿No se buscó promover en nuestro país una política para atraer inmigrantes europeos, siguiendo el ejemplo de Argentina, con el propósito no sólo de “mejorar” nuestra

decadente raza, sino de forjar una nueva mentalidad, a la usanza del hombre blanco, que nos permitiera salir del atraso y la barbarie o que al menos contribuyera a acelerar decisivamente este proceso?. ¿No atribuía el mismo Laureano Gómez nuestra decrepitud y decadencia moral y social a la tara del mestizaje que nos caracteriza?.

En este sentido quienes se muestran inquietos con el avance del *poder negro* pueden echar mano de la estigmatización para soslayar la incompetencia de los afrocolombianos, aunque en realidad pueden estar preocupados (cómo en el caso del *pelaismo*) por el debilitamiento (el menoscabo) en el acceso a determinados circuitos burocráticos del Estado, desde donde se le ha colocado color político a la necesidad social, desde donde ha operado la incidencia en el reparto de recursos públicos objeto de privatización y de politiquería (contratos jugosos, sisben, subsidios de vivienda, programas educativos, familias en acción, etc.), tal y como ocurre aún en tiempos de *meritocracia uribista*.

Sin embargo, debe advertirse que ese *poder negro*, aquel que hoy se yergue desafiante, que se ve como peligroso, que se percibe como una insolencia con amagos de desbordamiento, en realidad ha tenido presencia histórica. No apareció ahora de repente, de improviso, como surgido de la nada o del juego del azar. Ha tenido discurrir histórico, ha devenido (como lo ejemplifican las comunidades indígenas), entre las presencias y las ausencias, entre entradas y salidas, entre repliegues y silencios (entre retiradas tácticas, entre voces que parecen acallarse), entre manifestaciones abiertas o latentes que se adoptan al fragor de la lucha política.

Al fin de cuentas la política, y la cultura política de la cual son portadores los sujetos sociales, llega a constituir un escenario propicio para el despliegue de la tensión, el antagonismo y la hostilidad entre distintos actores. Es un lugar fangoso configurado por distintos puntos y escalas de fricción, que se expresa en múltiples sentidos y manifestaciones, que se hace carne y hueso a través de diversas posibilidades, salidas y orientaciones.

Así lo corroboró el paro de los *corteros de caña* llevado a cabo en ingenios del Valle y el norte del Cauca en el año 2008 (muchos de ellos, aunque no exclusivamente, eran afrodescendientes). A través de su lucha estos trabajadores agrícolas pudieron pulsar políticamente al empresariado azucarero, es decir, pudieron medir sus fuerzas y supieron demostrar (y demostrarse así mismos) hasta donde eran capaces de potenciarse organizativamente y hasta donde pueden seguir actuando colectivamente en el futuro.

BIBLIOGRAFÍA

ALVAREZ, Sonia; ESCOBAR, Arturo y DIAGNINO, Evelina (2001). *Política cultural & Cultura Política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*. Taurus-ICANH, Bogotá.

ARCHILA NEIRA, Mauricio (1991a). *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945*. Cinep, Bogotá.

ARCHILA NEIRA, Mauricio (2003b). *Idas y venidas. Vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia. 1958-1990*. ICANH- Cinep, Bogotá.

DE CERTEAU, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente-Universidad Iberoamericana, México.

GUHA, Ranajit y SPIVAK, Gayatri Chakravorty (1988). *Selected subaltern studies*. Oxford University Press, New York.

GUHA, Ranajit (1997). "Algunos aspectos elementales de la insurgencia campesina en la India Occidental" En: *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Crítica, Barcelona.

SCOTT, James C (2003). *Los dominados y el arte de la resistencia*. Editorial Txalaparta, México.

TROUILLOT, Michel-Rolph (1995). *Silencing the past*. Beacon Press, Boston.

WOLF, Eric R (1987). *Europa y la gente sin historia*. Fondo de Cultura Económica, México.